

que se volvía para embestirles vió brillar algo como un rayo, que saliendo de mano del jefe llegó hasta él silbando, sintiendo un vivo dolor en el pecho.

El asesino, no atreviéndose á acercársele, le había arrojado su cuchillo. La hoja se había hundido entre la clavícula y el hombro derecho, y únicamente se veía el mango en la herida.

Salvato cogió la navaja con la mano izquierda, la arrancó y dió algunos pasos hacia atrás, pues le pareció que la tierra faltaba debajo de sus plantas. Luego, buscando un punto de apoyo, encontró la cerca y se arrimó á ella. Todo empezó á girar en torno suyo, y su última sensación consistió en creer que la tapia cedía también como la tierra.

Un relámpago que brilló en el cielo se ofreció á su vista, no azul, sino de color de sangre. Extendió los brazos, tentó su sable y cayó desvanecido.

En el postrer destello de la razón parecióle que los dos esbirros se lanzaban sobre él. Hizo un esfuerzo por rechazarles; pero todo concluyó en un suspiro, que según él, debía ser el último.

De pronto la puerta donde había ido á caer se abrió y se cuerpo se derrumbó en el jardín.

Le recibieron unos brazos.

Estos brazos eran de una mujer; pero de una mujer joven y hermosa.

CAPÍTULO II

La hechicera.

Para la mejor inteligencia de los hechos que acabamos de referir, suplicamos al lector que nos siga para bajar con él la cuesta del Pausilipo, dejar á nuestra espalda la tumba de Sannazar y el casino del rey Fernando, y en cuanto lleguemos á la mitad de la Margelina, nos detendremos en el espacio comprendido entre dicho casino y la fuente del León, frente á una casa llamada *de la Palmera*, porque en su jardín se veía uno de esos árboles, cuyos verdes penachos estaban cargados de dátiles.

Después de llamar la atención de nuestros lectores sobre aquella casa y de enseñarles, — para que no se asusten si deben cruzar por ella, — una puertecita abierta en la tapia, abandonaremos la calle, seguiremos á lo largo de aquélla hasta llegar á una cuesta, desde la que empinándonos sobre nuestros pies quizá lograremos descubrir alguno de los secretos que aquella casa encierra, secretos que no carecerán de interés á juzgar por la persona que en ella va á iniciarnos.

Y en efecto : á pesar de que el trueno sigue retumbando á lo lejos, á pesar de que la luz de los relámpagos disipa las tinieblas de la noche, á pesar de que el viento gime y se estrella en los huecos de las ventanas y cuyas furiosas ráfagas azotaban las copas de los naranjos, arrancándoles sus frutos que caen al suelo en dorada lluvia y encorvan la palmera cuyos penachos son como desgrefñadas trenzas ; á pesar de todo esto, decimos, una joven de veintidós á veintitrés años, envuelta en un peinador de batista y resguardada su cabeza con un velo de encaje, se asoma de vez en cuando en la gradería de piedra que enlaza el jardín con el primer piso, en el cual están las habitaciones de los dueños de la casa, á juzgar por los luminosos resplandores que brotan al exterior cada vez que se entreabre la puerta.

La joven no permanece mucho tiempo en la gradería sin duda por el miedo que le inspira la tormenta.

No bien el rayo ilumina los espacios con su luz cárdena ó se oye el rumor del trueno, cuando exhala un pequeño grito, se santigua y desaparece llevando la mano á su pecho, á fin de comprimir sus latidos.

El que la hubiese visto abrir cada cinco minutos

aquella puerta, á pesar del horror que en ella ocasionaba la borrasca, y el que hubiese notado el espanto con que cerraba inmediatamente aquélla, de seguro habría apostado que su impaciencia y agitación eran hijos de la inquietud ó de los celos de un amante que espera ó acecha el objeto de su cariño.

Mas al pensar tal cosa se hubiera equivocado : ninguna pasión había agitado aún la superficie de su alma, fiel espejo de castidad y en cuyo fondo dormían los sentimientos sensuales y ardientes. No velaba en ella más que una curiosidad de niña, la cual, adquiriendo el incontrastable poder de una pasión desconocida, causaba su perturbación y su impaciencia.

Obedeciendo sus instancias, su hermano de leche, el hijo de su nodriza, un lazzaroni de la Marinella, había prometido á la joven que le traería una albanesa, ya de muchos años, cuyas profecías pasaban por infalibles. Era una mujer que había heredado su espíritu sibilítico de sus antepasados, los cuales le recogieron bajo las verdes encinas de Dodona ; y desde que su familia en 1467, ó sea á la muerte del Gran Scanderberg, abandonó las orillas del Aous para trasladarse á los montes de la Calabria, nunca se extinguió una generación sin que el viento que

lame las heladas cimas del Tomero dejase de traer á alguna pitonisa moderna, el soplo de la adivinación que constituía la herencia de su familia.

Por lo que se refiere á la joven que está aguardando á la albanesa, un vago instinto la hace temer y desear el conocimiento de su porvenir, entre cuyas obscuridades se agitan presentimientos siniestros. La joven está casada; y aprovechando la ausencia de su marido, que ha ido á una fiesta de la corte, su hermano de leche, el lazzaroni Miguel el Loco, la ha prometido que en aquella noche — la misma en que Salvato sostuvo su lucha con los esbirros — le traería en cuanto dieran las doce (hora cabalística y sombría) á la hechicera Nanno, quien podría rasgar el velo de un porvenir que llenaba de sombras sus vigiliás y que vertía en sus sueños siniestros resplandores.

He ahí, pues, lo que ocasionaba sus idas y venidas; he ahí la causa de su impaciencia y su zozobra.

Cuando las densas y amarillentas nubes empezaban á desprender anchas gotas de lluvia, oyéronse en la puerta del jardín tres golpes acompasados. Descendió de la gradería un blanco y ligero fantasma, se dirigió á la puerta, la abrió y dió paso á dos personajes: un hombre y una mujer. El hombre vestía calzas de lienzo, gorro de lana roja y uno de esos

capotes usados por los pescadores de la Marinella; la mujer iba envuelta en un manto negro y en sus hombros lucían, bien que débilmente por lo usados, algunos hilos de oro, restos de un bordado ya muy viejo. Su vestido permanecía oculto bajo los pliegues del manto; pero sus ojos brillaban entre la sombra que proyectaba en su rostro la capucha que resguardaba su cabeza.

Al cruzar el espacio que separaba la puertecilla del jardín de los escalones de la gradería, la joven se acercó al recién llegado y le dijo en voz casi imperceptible:

— Por más que te llamen *el loco*, debo suponer, Miguel, que no habrás cometido la locura de decir á esta mujer quién soy.

— Tranquilízate, hermana mía, replicó el lazzaroni: juro por la Virgen que hasta ignora la primera letra de tu nombre.

Cuando llegaron á lo alto de la gradería, la joven pasó adelante: el lazzaroni y la bruja le siguieron.

Al cruzar la primera habitación, vieron asomar por detrás de una mampara la cabeza de una joven doncella quien fijó una curiosa mirada en su señora y en los extraños huéspedes que acababan de llegar á su casa.

Pasado un instante en que la joven lo notó

y observó todo, la mampara volvió á cerrarse. Como la escena que vamos á presenciar tendrá una grande influencia en los sucesos objeto de este libro, no debemos perder ninguno de sus detalles.

La luz á que nos referimos hace poco y que á través de una puerta enviaba sus rayos hasta el jardín, procedía de un gabinete, con oficios de tocador, adornado según el estilo pompeyano con divanes y colgaduras de seda color de rosa y recamadas con flores color de cielo. Una lámpara con globo de alabastro colocada en un velador de mármol de Carrara, — cuyo único pie representaba un grifo con las alas tendidas, — bañaba todos los objetos con reflejos de nácar. Un sillón de forma griega, que por la pureza de sus labores hubiese podido figurar con honra en un gabinete de Aspasia, indicaba muy claramente que la ejercitada vista de un hombre de mucho gusto había presidido el arreglo del mueblaje.

En frente de la puerta de entrada veíase otra que daba paso á una infinidad de habitaciones unidas entre sí por otras puertas : la última de aquellas estancias no solamente lindaba con la casa vecina, sino que se comunicaba con ella.

Este hecho debía tener gran importancia á los ojos de la joven, puesto que dijo á Miguel :

— Si llamara mi esposo, Nina vendría á avisarnos y saldríais por la casa de la duquesa Fusco.

— Está bien, señora, dijo el joven, inclinándose con respeto.

Al oír estas últimas frases, la hechicera, que iba á quitarse el manto, se volvió y, con acento que no carecía de amargura, interrumpió :

— ¡ Señora!... ¿ Desde cuándo no se tutean los hermanos de leche? Los que se han nutrido con el néctar de vida en un mismo pecho ¿ no son tan hermanos como los hijos de un mismo seno? ¡ Tuteaos, hijos míos, tuteaos! prosiguió la bruja con acento benévolo; ¡ Dios quiere que sus criaturas se amen á pesar de la distancia que puede separarlas!

Miguel y su hermana de leche se miraron con sorpresa.

— ¡ Cuando yo te decía, Luisa, observó el mancebo, que todo lo adivina!... Esto es cabalmente lo que me tiene asustado.

— ¿ Por qué? interrogó la joven.

— ¡ Diantre!... ¿ sabes lo que me profetizó no hace mucho?

— No.

— Pues dijo que yo iré á la guerra, que llegaré á coronel y que en seguida...

— Continúa...

— ¡ Vaya !... me cuesta mucho el decirlo

— Pero dílo, hombre.

— Y que en seguida moriré ahorcado.

— ¡ Pobre Miguel !... ¿ De veras ?

— Tal como lo oyes: ni más ni menos.

La joven miró con terror á la hechicera. Ésta se había quitado su manto dejando que cayera al suelo y semostraba con todo el brillo de su traje nacional, que, si bien ajado por el uso, estaba aún muy deslumbrador y lujoso. Pero no fué el blanco turbante adornado con flores ya mustias que envolvía su cabeza, dejando ver largos rizos de cabellos negros mezclados con algunos ya canosos, lo que llamó la atención de Luisa; tampoco se la llamó su corpiño color de grana con bordados de oro, ni su zagalejo amarillo con bandas negras y azules, ni sus ojos grises y ardientes que en aquel instante la miraban como si quisiesen leer en lo más hondo de su corazón.

Viendo que la joven clavaba en ella los ojos, la albanesa exclamó :

— ¡ Oh ! ¡ juventud curiosa é imprudente ! ¿ Se hallará escrito que siempre te lanzarás hacia ese porvenir que tan rápidamente se acerca ? ¿ Te empuja acaso una fuerza superior á tu voluntad ?

Á tan inesperado apóstrofe, que hizo la hechi

cera con agudo y estridente acento, Luisa sintió algo frío en sus venas y casi se arrepintió de haberla llamado.

Como si Nanno con su ávida y penetrante mirada adivinara su pensamiento, dijo :

— Estamos aún á tiempo ; la puerta por donde entré se halla aún entreabierta y la vieja Nanno ha dormido con frecuencia bajo los árboles de Benevento para que se asuste del huracán, del trueno y de la lluvia.

— ¡ No !... murmuró Luisa ; ¡ puesto que habéis venido, quedaos !

Y cayó sobre un sillón junto á un velador y sobre cuyo espaldar la joven reclinó su cabeza.

La luz de la lámpara iluminaba su rostro.

La albanesa dió unos pasos hacia ella y como si hablara consigo misma, dijo :

— Cabellera rubia y ojos negros, grandes, hermosos, brillantes, húmedos, aterciopelados y voluptuosos.

Luisa no pudo menos que ruborizarse y se cubrió el rostro con las manos, diciendo :

— ¡ Nanno !

— Las manos diminutas, regorditas y con hoyuelos, prosiguió la bruja ; el cutis de color de rosa, fino, suave y transparente.

— ¡ Nanno! repitió la joven quitando las manos de su semblante como para sustraerlas al examen de la albanesa, y dejando ver sus encantadoras y risueñas facciones.

Pero Nanno, sin darse por entendida, añadió :

— La frente hermosa, pura, tersa y con venas azuladas. Las cejas negras divinamente arqueadas, arrancando de la nariz, y entre ellas tres ó cuatro líneas interrumpidas y casi imperceptibles. ¡ Oh ! ¡ mujer hermosa ! ¡ No podrás negar que estás consagrada á la madre Venus!

— ¡ Pero Nanno! insistió Luisa.

— Deja que hable, hermana mía, interrumpió Miguel; ¿ qué te dice ? ¿ Qué eres hermosa ? ¿ Por ventura no lo sabes ? ¿ No te lo dice diariamente el espejo ? ¿ No opinan cual éste los que tienen la dicha de mirarte ? ¿ No afirma todo el mundo que el nombre de tu esposo, el caballero de San Felice, es un nombre predestinado ya que quiere decir *feliz* ?

— ¡ Oh ! ¡ Miguel ! ¡ Miguel ! interrumpió Luisa fijando en su hermano de leche una mirada en que se leía su descontento por la indiscreción que había cometido revelando su nombre á la hechicera.

Pero ésta, que seguía en su examen, prosiguió no dando importancia al accidente:

— La boca pequeña y de color de grana; los

labios de coral y el de arriba un poco más grueso que el de abajo; los dientes blancos y perfectamente alineados; la barba redonda; la voz dulce, lánguida y pudiendo enronquecerse fácilmente. ¿ Habéis nacido quizá en viernes, á la media noche, ó cerca de ella ?

La joven, con voz ligeramente alterada por la emoción que sentía y que no llegaba á dominar sin embargo de sus esfuerzos, dijo :

— Sí, recuerdo que mi madre contaba que mi primer grito se había confundido con las vibraciones de un reloj que estaba dando las doce de la noche. Esto sucedió en la que separa el treinta de Abril del primero de Mayo.

— ¡ Mayo!... ¡ Abril!... Los meses de las flores. Nacisteis en viernes, día consagrado á Venus, la única diosa que ha conservado en nosotros su imperio cuando tantos dioses lo han perdido. Nacisteis bajo la conjunción de Venus y la Luna; pero la diosa triunfa del astro y ella fué quien os dió ese cuello de cisne que por lo blanco, cilíndrico y turgente, llamamos *la torre de marfil*. Venus fué la que os dió esos redondos hombros y esos ondulantes cabellos y esa nariz recta y de alas sensuales que la más pequeña emoción dilata.

— ¡ Nanno! interrumpió la joven con voz de

mando, colocándose en pie y apoyando sobre la mesa su mano.

Pero esta interrupción fué inútil y la hechicera continuó:

— Venus fué la que os dió este delgado y esbelto talle, y esos pies de niña y esas aristocráticas manos; os concedió ese gusto por la sencillez elegante, por los vestidos claros y por los colores suaves; ella fué quien os dotó con esa voz dulce, esa afabilidad, esa candidez y esa inclinación al sacrificio y á los amores románticos.

— Ignoro, dijo Luisa, dulcificando su voz en la cual vibraba la tristeza, ignoro si soy inclinada al sacrificio; pero en cuanto al amor te equivocas.

Después, volviendo á ocupar su sillón, añadió suspirando:

— ¡ Porque yo nunca he amado !

— ¿ Qué no amasteis nunca ? preguntó Nanno. ¿ Y á qué edad lo decís ?... ¿ Á los veintidós años ? ¡ Aun no es tarde ! ¡ aun no es tarde !

— ¿ Olvidas que soy casada y que tengo mucho cariño y respeto á mi esposo ? dijo Luisa procurando en vano dar cierta firmeza á su voz.

— Sí, sí, replicó la bruja, lo sé todo; pero sé también que vuestro esposo tiene tres veces más edad que vos. Me consta que le amáis y respetáis ;

pero sé también que vuestro amor hacia él es el de la hija con un padre, y que le respetáis como se respeta á un anciano. Sé que deseáis continuar siendo pura y virtuosa ; ¿ pero qué valen la intención y la voluntad más firmes si tienen que luchar contra los astros ? ¿ No dije que nacisteis de la conjunción de Venus y la Luna, esos dos astros del amor ? Pero ¡ quién sabe ! tal vez podréis emanciparos á su influjo. Veamos: dadme la mano. Job, el gran profeta, dijo que Dios puso en la mano de los hombres los signos que permiten reconocer su obra.

Y la albanesa extendió hacia Luisa su mano huesosa, negra y llena de arrugas, en la que fué á posarse como atraída por invencible magia, la blanca, fina y torneada de la joven.